

## SOBRE LA ESCUELA RURAL

## DOS CUADROS DE LA CAMPAÑA

EN este momento propicio en que se debate, por las vías de un Congreso de Maestros, el tema palpitante de la Escuela Rural, que nos sea permitido, sin alardes intrusos, apuntar algunas reflexiones recogidas en nuestras andanzas por la campaña.

De una escuela pobre, muy pobre, vamos a hablar, perdida allá por un rincón de un departamento del Norte. Llegamos en una mañana de fuego, después de leguas y leguas cortando con el auto, la inmensa soledad de los campos. Nos acercamos al pueblo. Un rancherío, con un montón de casas de lata y de terrón. Y en una parte alta, anunciada por los únicos árboles del poblado, una pulpería. Allí entramos buscando sombra y frescura; y dimos con el pulpero, un gallego barrigón y ladino, que abrió toda su curiosidad a nues-

Nos caercamos a la escuela. Mísero montón de piedras con un techo de zinc, manchados con la rojiza herrumbre. Puertas desvenecijadas; ventanas de tablas mal unidas; paredes llenas de huecos donde asoma el tul grisáceo de las arañas; piso de tierra y bancos derrengados. Y en medio a este abandono, capitán de la miseria, se yergue, orondo, solemne, abierto de piernas, el negro pizarrón de la clase. Sobre su pulida superficie, corre, como un entonchado de cordones blancos, una frase escrita el día del examen, con la linda letra de la maestra. ¿Sabes de quién era la frase? Profunda y musical frase del maestro Ariel, gritando, todo el sarcasmo de una gestión de docencia, totalmente rota en ese rincón de la miseria.

Allá, en la desolación de la campaña desnuda, nada más absurdo que ese pensamiento del maestro, alzándose sin eco ni comprensión, por sobre los niños de grandes ojos asombrados. Nada más claro, en su denuncia de la aridez y el vacío de esa enseñanza que da la escuela, que tal vallo de belleza a los párvulos bós y descalzos, apartados de la ría de la vida.

—OO—

nos a otro rincón del Norte. Esta si podemos

nombrarla, la escuela de Colonia Rivera en Artigas. Y a la maestra, también nombrémosla, aun cuando su permise no hayamos requerido. Hermógenes Gómez.

Allí la conocimos al principio, en una casa de paredes ruinosas, y con un techo que amenazaba el desplome. No podía pensar que el Estado, esa lejana entidad sin ojos ni manos, que todo lo dispensa y que tantas promesas le hiciera, iba a cumplir esta vez lo prometido, haciéndole su escuela. No podía creerlo. Pero un día su escuela fué una verdad. Una escuela con dos salones de clase, con la casa para la maestra al lado: la casa para ella. La alegría entonces no conoció límites; y a la escuela, bien modesta por cierto, la llamó "su palacio". Desde ese día, cuando la hemos encontrado en nuestros viajes, solo de su palacio nos habla. Y en verdad, en un palacio encantado, pronto transformó su escuela.

Es una escuela rural, como tantas. En ella pensamos de inmediato al leer un artículo de MAR-CHA, alabando a otra escuela y otra maestra, dignas de toda alabanza. Recordamos ahora la escuela de la Estación González y a su maestra Claudia Tapia de Arboleya.

Esta maestra de Artigas que hoy traemos al comentario elogioso, quizás no haya alcanzado a darle la organización moderna a su enseñanza que la diera la otra maestra. Ni la ha estructurado en sus ciclos, bien adherida a la experiencia viva e inmediata. Pero ha hecho, quizás rudimentariamente y por intuición, su enseñanza rural. Allí, en su campo todo crece, brota, florece y se desarrolla, como si el áspero clima de Artigas, donde está ausente la planta y la flor, se hubiera transformado en dulce comarca virgiliana.

Las flores exóticas, las enredaderas, las matas florecidas, allí se abren con feracidad de trópico. Y los perfumes cargados, se adelan-

tra llegada. Primera estancia de descanso en la pulpería. Se nos ocurre pensar entonces, si pulpería no derivará de pulpo, pues vemos al gallego —y el mismo nos lo cuenta— anotando larga fila de cuentas en las libretas de dos o tres vecinos que lo rodean, con abandonadas tierras; y transformando, al final del año y por arte de encantamiento, la larga hilera de números en majadita de ovejas, a veces con alguna vaca, y otras, con un pedacito de tierra.

Dejamos la sombra de la pulpería y damos de nuevo con el barro oscuro y las latas oscuras. Tristeza que oprime todos los pensamientos, que en esa mañana asoleada, porfían en vano por hacerse alegres. El arroyuelo, que con un fajo de cielo invertido corta en dos el rancherío, arrastra su agüita mansa y cansada. Estamos de vacaciones; y la maestra, que no vive en la escuela, descansa en la ciudad lejana.

tan, como en un saludo sin palabras, para el recién llegado. La huerta le da la generosidad de sus cosechas para la olla escolar; y a veces para llevar a las casas vecinas; y el choclo, de dorados dientes; o el humilde marú, son tostados en el horno para alimento de los niños en los recreos.

Cuenta solo con magros recursos; pero su entusiasmo salva los problemas; y el anochecer, le alcanza para matar las hormigas. En las madrugadas, cuando su hermano sol la llama por el grito de los pájaros, sale temprano para sus faenas; a veces sola; y después más tarde, acompañada por sus chiquillos.

¡Con cuánto alborozo nos habla de su chacra y de sus muchachos! ¡Cómo los alienta y los transforma, en una enseñanza viva que une el libro a la planta! Amor para el árbol, la raíz del alimento, el fruto de miel, las flores lujosas; y amor por el niño. De cada uno quiere hablarnos; y de dos nos insiste. Dos niños, que cuando se empezó a construir la escuela, vivieron apegados, con sus ojos bien abiertos, ante el misterio de la arquitectura. Ladrillos, cal, arena, puertas, ventanas techos. Era un cuento de hadas que empezaba a hacerse patente sobre la desnudez del campo. Cuando se terminó el cuento —es decir la escuela—, y a los pocos días, le presentaron a la maestra, como un regalo, dos ladrillos perfectos hechos por ellos mismos. Allá, en el terreno vecino de su casa, y con la técnica que habían descubierto, abrieron las zanjas, pisaron la tierra, moldearon el ladrillo, hicieron el horno; y lo quemaron, todo igual que "los hombres grandes"; y conquistaron idéntico milagroso resultado. Y los ladrillos estaban allí; y los tuvimos en nuestras manos de arquitectos.

Maravilla de la vocación que esconde el secreto de los nuevos días. Esa maestra, esa escuela, esos niños, daban de sí, con el pobre aporte del Estado, todo lo que debe dar la escuela: VIDA.

Vay  
Otr